

en la tristeza y el abandono, mágico día que, con la algazara de sus fiestas, alegre y hace risueña la vida de muchos cientos de hombres!

Y las multitudes pasean, el rico se codea con el pobre, el potentado se allana a caminar cerca del menesteroso, igualamiento pasajero de fortunas, plétora de entusiasmo llena los pechos, la risa estalla comentando la frase intencionada, el dicho agudo, la donosura de una palabra. Los trapitos de cristiano descendientes a alcanfor, han dejado el arcaz recuerdo de familia, donde pasar la vida cotidiana, y salen a relucir ahora, flamantes, aplanchados, me atrevo a decir que orgullosos, contentos de vivir también, merced a las transformaciones que, una viejecita curiosa, de manos de hada, o una moza garrida y lozana, de medallas como rosas, cabellos de oro que cubren una cabecita llena de fantasías y de cuentos, y de manos de azucena, les ha hecho pasar, frunciéndolos aquí, pinchándolos allí, para cubrir el cuerpo gallardo de un deneel que, en tal guisa, se cree un príncipe importado de Oriente, caballero legendario venido de la corte de algún *sahib* o del país de alguna nueva Sheherezada.

Las calles se pueblan de una muchedumbre deseosa de no perder punto de las fiestas. En San Francisco se hace difícil el tránsito: los niños lloran al ver pasar las trompetas de cartón pintadas, deseando una, y los padres regañan, y los mozos se atusan el bigote, y con aire de caballeros de la época de Felipe IV miran a los balcones y por atavismo llevan la mano a donde antaño cayera el puño de la espada y su diestra toca el ala del sombrero, figurándose sin duda que va a tomar la superficie aterciopelada de la balda del Chambergo, y las damas sonríen y sus dientes muerden el tallo de un clavel o de una rosa. Risa, alegría, piropos a las mozas que pasan, requiebros donosos y corteses como cumplen a unos caballeros del siglo XX, descendientes de aquellos otros modelos de cortesana y gracia que vivieron en el XVI.

Las campanas voltejean, lanzando al espacio el sonido armonioso de sus notas, suenan a fiesta y su repique se extiende por todos los ámbitos de la ciudad. Las campanas de Catedral cantan con voz de chantre: gruesas, graves, solemnes, caen sus notas sobre el zócalo, pleno ahora de muchedumbre que se divierte; las de las iglesitas pequeñas, esas iglesitas de los barrios de paredes muy blancas y muy limpias, ríen con carcajadas de acólito que comenta una diablura.

Y al sonido de las campanas se mezcla el toque de los clarines; es la «formación» que pasa, y la multitud aplaude y allá en el fondo de su alma, siente una ternura infinita, el corazón late con fuerza, al compás de las cajas y latones, y lágrimas brotan a los ojos cuando ante ellos pasa el pabellón nacional. El hombre tiene algo de soldado escondido en el fondo de su alma, y algo de poeta también; cuando entrambas cosas se aunan, se produce el héroe, por eso es que podemos ser héroes en determinado momento. Poetas y soldados, como lo fueron los paladines de la conquista, los aventureros del siglo XV, los capitanes de los tercios de Flandes, los descubridores de mundos, los sojuzgadores de hombres. Los pilluelos marchan, batiéndola con trompetas de papel y atambores de hojalata, para marchar después en los patios de las casonas de vecindad, en los recovecos de las callejuelas de sus barrios, caballeros en sendas escobas, mandados por el más pillo y más